

**PAULA SIBILIA**

# El hombre postorgánico

Cuerpo, subjetividad  
y tecnologías digitales



Serie Breves  
dirigida por  
ENRIQUE TANDETER<sup>1</sup>

Paula Sibia

# El hombre postorgánico

Cuerpo, subjetividad  
y tecnologías digitales



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

México - Argentina - Brasil - Chile - Colombia - España  
Estados Unidos de América - Guatemala - Perú - Venezuela

Primera edición, 2005  
Primera reimpresión, 2006

---

Paula Sibilia

El hombre postorgánico : Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales  
1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2005.  
272 p. ; 17x10,5 cm. (Colec. Popular : Serie Breves)

ISBN 950-557-141-0

1. Ensayo Sociológico. I. Título  
CDD A864

---

La imposibilidad de penetrar el esquema divino del universo no puede, sin embargo, disuadirnos de planear esquemas humanos, aunque nos conste que éstos son provisionarios.

JORGE LUIS BORGES

© 1999, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S.A.  
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México, D. F.

cultura Libre

ISBN 950-557-141-0

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2006 en  
en Artes Gráficas del Sur, Alte. Solier 2450, Avellaneda,  
Buenos Aires, Argentina.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio  
de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o  
modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la  
autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

## Introducción

Colaboración en la  
traducción y revisión  
de redacción

RODRIGO FERNÁNDEZ LABRIOLA

### *El cuerpo obsoleto y las tiranías del upgrade*

Llegó el momento de preguntarnos si un cuerpo bipedo, que respira, con visión binocular y un cerebro de 1.400 cm<sup>3</sup> es una forma biológica adecuada. No puede con la cantidad, complejidad y calidad de las informaciones que acumuló; lo intimidan la precisión y la velocidad [...] El cuerpo no es una estructura ni muy eficiente, ni muy durable; con frecuencia funciona mal [...] Hay que reprojectar a los seres humanos, tornarlos más compatibles con sus máquinas.

STELARC<sup>1</sup>

No se trata de temer o esperar, sino de buscar nuevas armas.

GILLES DELEUZE<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Stelarc, "Das estratégias psicológicas às ciberestratégias: a protética, a robótica e a existência remota", en: Diana Domingues (comp.), *A arte no século XXI*, San Pablo, UNESP, 1997, pp. 54-59.

<sup>2</sup> Gilles Deleuze, "Posdata sobre las sociedades de control", en: Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario*, t. II, Montevideo, Nordan, 1991, p. 18.

Una de las características que mejor definen al hombre es, precisamente, su indefinición: la proverbial plasticidad del ser humano. No sorprende que haya sido un renacentista, Giovanni Pico della Mirandola, quien lo expresara de la mejor manera. Fue en las frases ardientes de su *Oratio de Hominis Dignitate*, cuyos originales clavó con gran escándalo en los portones de Roma. Corría el año 1486 y el joven conde había descubierto algo tan importante que no podía callarse: el hombre se revelaba súbitamente como una criatura milagrosa, cuya naturaleza contenía todos los elementos capaces de convertirlo en su propio arquitecto. Hace más de cinco siglos, semejante sentencia era una gravísima herejía; sin embargo, su discurso no cayó en el olvido. Al contrario, contribuyó a inaugurar una era que hoy quizás esté llegando a su fin: la del Hombre.

Así recreaba este humanista del Renacimiento las palabras de Dios en el *Génesis*: "No te ha dado ni rostro ni lugar alguno que sea propiamente tuyo, ni tampoco ningún don que te sea particular, ¡oh, Adán!, con el fin de que tu rostro, tu lugar y tus dones seas tú quien los desee y los conquiste". Luego agregaba: "no te he hecho ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, como un hábil escultor, te forjes la forma que prefieras".<sup>3</sup> Plástico, modelable, inacabado, versátil, el hombre se ha configurado de las

<sup>3</sup> Pico della Mirandola, *De la dignidad del hombre*, Madrid, Nacional, 1984, p. 105.

maneras más diversas a través de las historias y las geografías. Pero han sido las sociedades basadas en la economía capitalista –desarrolladas en el mundo occidental durante los últimos tres siglos– las que inventaron la gama más amplia de técnicas para modelar cuerpos y subjetividades.

En la actual "sociedad de la información", la fusión entre el hombre y la técnica parece profundizarse, y por eso mismo se torna más crucial y problemática. Ciertas áreas del saber constituyen piezas clave de esa transición, tales como la teleinformática y las nuevas ciencias de la vida. Esas disciplinas que parecen tan diferentes poseen una base y una ambición común, hermanadas en el horizonte de digitalización universal que signa nuestra era. En este contexto surge una posibilidad inusitada: el cuerpo humano, en su anticuada configuración biológica, se estaría volviendo obsoleto. Intimidados (y seducidos) por las presiones de un medio ambiente amalgamado con el artificio, los cuerpos contemporáneos no logran esquivar las tiranías (y las delicias) del *upgrade*. Un nuevo imperativo es interiorizado: el deseo de lograr una total compatibilidad con el tecnocosmos digital. ¿Cómo? Mediante la actualización tecnológica permanente. Se trata de un proyecto sumamente ambicioso, que no está exento de peligros y desafíos de toda índole: valiéndose de los sortilegios digitales, contempla la abolición de las distancias geográficas, de las enfermedades, del envejecimiento e, incluso, de la muerte. Así entran en crisis

varias ideas y valores que parecían firmemente establecidos. El ser humano, la naturaleza, la vida y la muerte atraviesan turbulencias, despertando todo tipo de discusiones y perplejidades.

Las propuestas de planificación de la especie humana, por ejemplo, sugieren que estaríamos ingresando en una nueva era comandada por la *evolución poshumana o postevolución*, que superaría en velocidad y eficiencia a los lentos ritmos de la vieja evolución natural. Se anuncian proyectos que hasta hace poco tiempo pertenecían exclusivamente al terreno de la ciencia ficción, plasmados en obras ya clásicas como *Frankenstein*, *Blade Runner* y *Un mundo feliz*. Ahora, estos proyectos se debaten en diversos ámbitos, escenarios y tonos. Porque la humanidad parecería encontrarse ante una encrucijada exigiendo decisiones políticas y éticas que implicarán consecuencias irreversibles en el futuro de la especie. Si es cierto que los mecanismos de la selección natural descritos por Darwin a mediados del siglo XIX se están transfiriendo a manos de los hombres (o mejor: de ciertos hombres), el horizonte evolutivo se encuentra ante un abismo. Ese vértigo evoca diversos sueños de autocreación humana, tan fascinantes como aterradores, resucitando las ambiciones eugenésicas de la primera mitad del siglo XX. Pero esta vez, las viejas fantasías se presentan como técnicamente posibles, suscitando tanto reacciones de euforia y celebración como de descontento y rechazo.

Este libro examina algunos de esos procesos de hibridación orgánico-tecnológica, así como las metáforas que suelen atravesarlos e impregnan el sentido común, además de plasmar sus efectos *reales* en el mundo físico. La principal intención es desentrañar sus articulaciones con la formación socioeconómica y política en cuyo seno se desarrollan. Solamente así, analizando ese contexto más amplio, podremos enunciar algunas preguntas fundamentales. Tal vez las diferentes culturas, labradas en los diversos tiempos y espacios de este planeta, no se definan tanto por el conjunto de conocimientos y saberes que produjeron, sino por las inquietudes y preguntas que permitieron formular. Hoy podemos enunciar algunas cuestiones que en otras épocas habrían sido impensables. Por ejemplo: ¿aún es válido —o siquiera deseable— persistir dentro de los márgenes tradicionales del concepto de *hombre*? En tal caso, ¿por qué? ¿O quizá sería conveniente reformular esa noción heredada del humanismo liberal para inventar otras formas, capaces de contener las nuevas posibilidades que se están abriendo? ¿En qué nos estamos convirtiendo? ¿Qué es lo que realmente queremos ser? Son preguntas de alto contenido político, cuyas respuestas no deberían quedar libradas al azar.

Con la decadencia de aquella sociedad industrial poblada de cuerpos disciplinados, dóciles y útiles, decaen también figuras como las del autómatas, el robot y el hombre-máquina. Esas imágenes alimentaron muchas metáforas e inspiraron abundantes ficcio-

nes y realidades a lo largo de los últimos dos siglos. Hoy, en cambio, proliferan otros modos de ser. Alejados de la lógica mecánica e insertos en el nuevo régimen digital, los cuerpos contemporáneos se presentan como sistemas de procesamiento de datos, códigos, perfiles cifrados, bancos de información. Lanzado a las nuevas cadencias de la tecnociencia, el cuerpo humano parece haber perdido su definición clásica y su solidez analógica: en la estera digital se vuelve permeable, proyectable, programable. El sueño renacentista que inflamaba el discurso de Pico della Mirandola estaría alcanzando su ápice, pues recién ahora sería realizable: finalmente, el hombre dispone de las herramientas necesarias para construir vidas, cuerpos y mundos gracias al instrumental de una tecnociencia todopoderosa. ¿O quizá, por el contrario, dicho sueño humanista ha quedado definitivamente obsoleto? La naturaleza humana, a pesar de toda la grandiosidad con que nos deslumbra desde hace cinco siglos, tal vez haya tropezado con sus propios límites. ¿Una barrera inexorable? Sin embargo, esa frontera empieza a revelar una superficie porosa, con ciertas fisuras que permitirían transgredirla y superarla.

Las artes, las ciencias y la filosofía tienen por delante una tarea esquiva: abrir grietas en la seguridad de lo ya pensado y atreverse a imaginar nuevas preguntas. La verdad, al fin y al cabo, no es más que “una especie de error que tiene a su favor el hecho de no poder ser refutada —como apuntó Michel Foucault parafrasean-

do a Nietzsche— porque la lenta coacción de la historia la ha hecho inalterable”.<sup>4</sup> De las verdades consideradas eternas y universales, o de aquellas otras verdades efímeras constantemente exhaladas por los medios de comunicación, conviene desconfiar: hacer como si nada fuese evidente y ensayar nuevas refutaciones o provocaciones.

<sup>4</sup> Michel Foucault, “Nietzsche, a genealogia e a história”, en *Microfísica do poder*, Rio de Janeiro, Graal, 1979, p. 19 [trad. esp.: “Nietzsche, la genealogía y la historia”, en *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992, p. 11.]

# 1. Capitalismo

## *Mutaciones: la crisis del capitalismo industrial*

Nos dirigimos, a una velocidad vertiginosa, desde la tranquilizadora edad del *hardware* hacia la desconcertante y espectral edad del *software*, en la que el mundo que nos rodea está cada vez más controlado por circuitos demasiado pequeños para ser vistos y códigos demasiado complejos para ser completamente entendidos.

MARK DERY<sup>1</sup>

El capitalismo nació industrial, después de un período de gestación que Karl Marx denominó "acumulación originaria" y que describió con prosa casi literaria en *El capital*. Por eso, los principales emblemas de la Revolución Industrial son mecánicos: la locomotora, la máquina a vapor o aquellos telares que los artesanos ludditas destruyeron violentamente por considerarlos artefactos demoníacos capaces de arrebatarnos

<sup>1</sup> Mark Dery, *Velocidad de escape*, Barcelona, Siruela, 1998, pp. 9-10.



la manera tradicional de conseguir sustento, transformando para siempre sus vidas y la historia del mundo.<sup>2</sup> Al menos en este último sentido, hoy sabemos que los artesanos ingleses no estaban equivocados. Pero quizá la máquina más emblemática del capitalismo industrial no sea ninguna de éstas, sino otra mucho más cotidiana y menos sospechosa: el reloj.

Ese aparato sencillo y preciso, cuya única función consiste en marcar mecánicamente el paso del tiempo, simboliza como ningún otro las transformaciones ocurridas en la sociedad occidental en su ardua transición hacia el industrialismo y su lógica disciplinaria. La historia del reloj es fascinante: su origen se remonta a los monasterios de la Edad Media, precursores de las rutinas regulares y ordenadas, donde se practicaba una valorización inédita de la disciplina y el trabajo. Recién en el siglo XIII surgió el primer reloj mecánico, todavía muy rudimentario. Habrían sido los monjes benedictinos –según Lewis Mumford, la gran orden trabajadora de la Iglesia Católica– quienes “ayudaron a dar a la empresa humana el latido y el ritmo regulares y colectivos de la máquina”.<sup>3</sup> Su uso se fue expandiendo más allá de los muros de los conventos cuando las ciudades empezaron a exigir una rutina metódica, junto con la necesidad de sincronizar todas las acciones humanas y

organizar las tareas a intervalos regulares. A mediados del siglo XIV se popularizó la división de las horas y los minutos en sesenta partes iguales, como punto de referencia abstracto para todos los eventos. Así surgieron virtudes como la puntualidad y aberraciones como la “pérdida de tiempo”. Finalmente, en el siglo XVI sucedió algo que ahora parece inevitable: el reloj doméstico hizo su aparición. Pero ese encasillamiento geométrico del tiempo no ocurrió sin violencia: los organismos humanos tuvieron que sufrir una serie de operaciones para adaptarse a los nuevos compases.

En la novela *El agente secreto*, publicada en 1907, Joseph Conrad cuenta la historia de un atentado anarquista –inspirado en un hecho real de la época, obviamente fracasado– cuyo blanco era un punto muy significativo para el nuevo régimen de poder: el Observatorio de Greenwich, en Inglaterra. Precisamente, el lugar del planeta elegido para operar como cuartel general de la organización del tiempo en husos horarios, que permitía la sincronización mundial de las tareas humanas al servicio del capitalismo industrial. En las páginas de la historia, las notas al pie son pródigas en acontecimientos curiosos; he aquí otro episodio igualmente sintomático en ese sentido: la primera huelga de Francia (una instancia de lucha y resistencia típica de la sociedad disciplinaria) fue organizada en 1724 por el gremio de los relojeros.

En una serie de libros, artículos y conferencias, Michel Foucault analizó los mecanismos que hacían

<sup>2</sup> Christian Ferrer, *Mal de ojo: Crítica de la violencia técnica*, Barcelona, Octaedro, 2000.

<sup>3</sup> Lewis Mumford, *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza, 1994, p. 30.

funcionar la sociedad industrial con el ritmo siempre cronometrado de infinitos relojes, cada vez más precisos en la incansable tarea de pautar el tiempo de los hombres. Ese tipo de organización social surgió en Occidente cuando el siglo XVIII estaba finalizando, fue desarrollándose a lo largo del XIX y alcanzó su apogeo en la primera mitad del siglo XX. En las últimas décadas, sin embargo, se desencadenó un proceso vertiginoso que ha llegado hasta nuestros días: la transición de aquel régimen industrial hacia un nuevo tipo de capitalismo, globalizado y postindustrial. La creciente automatización de las industrias devaluó la fuerza de trabajo obrera, desplegando a escala mundial una crisis aguda y estructural del empleo asalariado. Además, la globalización de los mercados está provocando profundos cambios geopolíticos, y se debilita el protagonismo absoluto de los Estados nacionales. Estos procesos se vinculan, también, con un vaciamiento del ámbito político, en relación directa con fenómenos como la privatización de los espacios públicos, la desactivación de los canales tradicionales de acción política y un clima de desmovilización en todos los niveles.

Simultáneamente, el capital financiero se yuxtaponen al productivo y activa la circulación de sus flujos alrededor del planeta, en una tendencia generalizada de abstracción y virtualización de los valores. Ese proceso se aceleró luego de la crisis de 1973, cuando el dólar estadounidense –que ya se había

convertido en el principal medio de comercio internacional tras el acuerdo posterior a la Segunda Guerra Mundial– perdió el respaldo de la convertibilidad en oro que le otorgaba la Reserva Federal de los Estados Unidos. De ese modo, se radicalizó la separación entre ambas esferas: la productiva y la financiera. Así comenzó la transición hacia un sistema global de tasas de cambio fluctuantes, una propensión que sólo se acentuó en los años siguientes con la diseminación de diversas tecnologías basadas en medios digitales, como las tarjetas de crédito y débito, los cajeros electrónicos, las transferencias automáticas y la informatización general del sistema financiero. “La sal tiene tres dimensiones, el billete tiene dos”, observó Paul Virilio, y con la moneda electrónica “esa dimensión desaparece en provecho de un impulso electromagnético”.<sup>4</sup> Ese largo proceso histórico que tiende a la virtualización del dinero parece desembocar de manera triunfante en Internet, la red mundial de computadoras: varias compañías informáticas y financieras se asociaron en busca de un formato de moneda digital que logre imponerse como estándar global. Como lo expresa un entusiasta comentarista: “ahora también el dinero es información digital, circulando continuamente

<sup>4</sup> Paul Virilio, *Cibermundo: A política do pior*, Lisboa, Teorema, 2000, p. 30 [trad. esp.: *Cibermundo, ¿una política suicida?*, Santiago de Chile, Dolmen, 1997].

por el ciberespacio";<sup>5</sup> o, como diría Bill Gates, en el "sistema nervioso digital" del planeta Tierra.<sup>6</sup>

Pero el dinero no es lo único que se está volviendo obsoleto en su formato material, para ingresar en el ágil y etéreo sendero de la virtualización. Como parte de ese movimiento, hasta el mismo concepto de *propiedad* —tan apegado al modo de producción capitalista— parece afectado de algún modo. Hay quienes detectan una cierta pulverización de la propiedad privada, otrora sólida y afirmada en los bienes materiales. En un régimen que se yuxtapone al de la propiedad de los bienes —con todo su cortejo de escrituras, sellos, notarios y otras instituciones claramente desfasadas con respecto a la veloz realidad contemporánea—, estaría ganando fuerza una noción bastante más volátil y flexible: el *acceso*. "La propiedad es una institución demasiado lenta para ajustarse a la nueva velocidad de nuestra cultura", constata el economista Jeremy Rifkin, ya que se basa en la idea de que poseer un activo físico durante un largo período de tiempo es algo valioso; no obstante, "en un mundo de producción *customizada*, de innovación y actualizaciones continuas y de productos con ciclos de vida cada vez más breves, todo se vuelve casi inmediatamente desactualizado".<sup>7</sup> En

<sup>5</sup> William Mitchell, *City of bits. Space, Place, and the Infobahn*, Cambridge, MIT Press, 1998, p. 78.

<sup>6</sup> Bill Gates, *Business @The Speed of Thought: Using a Digital Nervous System*, Nueva York, Warner Books, 1999.

una economía en la cual los cambios son la única constante, verbos como *tener*, *guardar* y *acumular* perderían buena parte de sus antiguos sentidos.

Lo que cuenta cada vez más no es tanto la posesión de los bienes en el sentido tradicional, sino la capacidad de *acceder* a su utilización como *servicios*. Así, surgen soluciones como el *leasing*, que permite esquivar la obsolescencia constante de productos como los automóviles y las computadoras, convirtiéndolos en servicios a los cuales los interesados pueden *acceder*. En vez de comprar un producto específico y concreto, el consumidor adquiere el derecho a usar un bien siempre actualizado, mediante el pago de una cuota mensual a las instituciones financieras que operan como intermediarias. En un clima que mezcla las tendencias virtualizantes con una preocupación creciente por la seguridad física, proliferan las contraseñas, tarjetas magnéticas, cifras y códigos que permiten *acceder* a los diversos servicios ofrecidos por el capitalismo de la propiedad volatilizada.

Las transformaciones se propagan aceleradamente y, al parecer, en esa metamorfosis el capitalismo se fortalece. Hoy no sólo están en alta los servicios más diversos, sino también (y sobre todo) el *marketing* y el

<sup>7</sup> Jeremy Rifkin, *A era do acesso: A transição de mercados convencionais para networks e o nascimento de uma nova economia*, San Pablo, Makron Books, 2001, p. 5 [trad. esp.: *La era del acceso. La revolución de la nueva tecnología*, Buenos Aires, Paidós, 2004].

*consumo*. Éstos son explotados con tecnologías nuevas y sofisticadas; toda una serie de saberes y herramientas se desarrollan en torno de una retórica propia, o bien apropiada de otros campos. "De provocación en provocación, la filosofía enfrentaría rivales cada vez más insolentes, cada vez más calamitosos, que Platón no habría podido imaginar ni en sus momentos más cómicos", ironizan Deleuze y Guattari, aludiendo a la apropiación de términos como *concepto* y *evento* por parte de los nuevos saberes mercadotécnicos, y continúan: "al final, el fondo del pozo de la vergüenza se alcanzó cuando la informática, el *marketing*, el diseño, la publicidad, todas las disciplinas de la comunicación se apoderaron de la propia palabra concepto y dijeron: ¡es nuestro negocio, nosotros somos los creativos, nosotros somos los *conceptualizadores!*".<sup>8</sup> En el universo mercadotécnico pululan también los nichos y perfiles, la segmentación de los públicos, el *marketing* directo y la personalización de la oferta y la demanda; todo un arsenal retórico y técnico al servicio de sus prosaicos fines.

Más de un siglo después de su formulación, en esta época de ágiles cambios, el diagnóstico de Marx acerca del "fetichismo de la mercancía" parece alcanzar su ápice, puesto que el consumo pasó a regir práctica-

mente todos los hábitos socioculturales. Por eso, no sorprende que algunos autores contemporáneos que retoman las teorías marxistas —desde el estadounidense Fredric Jameson hasta el alemán Robert Kurz— sostengan que el capitalismo habría alcanzado su auge en la época actual, con el dominio absoluto del mercado en todas las esferas de la vida y en todo el planeta. Como sintetizan, también, Michael Hardt y Antonio Negri en su libro *Imperio*: "podría decirse que, en este paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control, se logra establecer plenamente la relación cada vez más intensa de implicación mutua de todas las fuerzas sociales, objetivo que el capitalismo había perseguido a lo largo de todo su desarrollo".<sup>9</sup>

En este contexto, la tecnología adquiere una importancia fundamental, pasando de las viejas leyes *mecánicas* y *analógicas* a los nuevos órdenes *informáticos* y *digitales*. La economía global recibe un fuerte (y fundamental) impulso de las computadoras, la telefonía móvil, las redes de comunicación, los satélites y toda la miríada de *gadgets* teleinformáticos que abarrotan los escaparates, contribuyendo de forma oblicua —aunque no por eso menos potente— a la producción de cuerpos y subjetividades del siglo XXI.

En un breve artículo de 1990, presentado como una mera *Posdata*, Gilles Deleuze sistematizó este

<sup>8</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿O que é a filosofia?*, Rio de Janeiro, 34, 1992, p. 19 [trad. esp.: *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 1997].

<sup>9</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 39.

conjunto de transformaciones sociopolíticas y económicas de los últimos años, vislumbrando en ellas la formación de un nuevo tipo de sociedad: la implantación gradual y dispersa de un nuevo régimen de poder y de saber. Deleuze retomó las herramientas teóricas legadas por Foucault para extender su analítica del poder a nuestra sociedad informatizada, tras detectar una grave crisis de las instituciones de encierro (escuelas, fábricas, hospitales, prisiones, etc.) y la aparición de nuevos mecanismos de dominación. Esos dispositivos novedosos que no cesan de surgir estarían infiltrándose en los viejos aparatos de normalización y en las instituciones disciplinarias de la sociedad moderna, para derribar sus muros, desestabilizar su orden e inaugurar una nueva lógica del poder. En aquel sucinto ensayo escrito quince años atrás, tan condensado como fértil, Deleuze creó el concepto de *sociedades de control* para designar el nuevo tipo de formación social que entonces apenas empezaba a asomar.

En la sociedad contemporánea, marcada por cambios rápidos y constantes, imperan ciertas técnicas de poder cada vez menos evidentes, pero más sutiles y eficaces, pues permiten ejercer un control total en espacios abiertos. Las sólidas paredes de aquellos edificios que vertebraron la sociedad industrial están agrietándose: tanto los colegios como las fábricas, los hospitales, las cárceles y otras instituciones semejantes están en crisis en todo el mundo.

Pero surge una interesante paradoja: junto con esos duros ladrillos, se disuelven también los límites que confinaban el alcance de las antiguas técnicas disciplinarias. En esa transición no hay sólo ruinas; al contrario, muchos de esos mecanismos de antaño ganan sofisticación, algunos se intensifican y otros cambian radicalmente.

A medida que pierde fuerza la vieja lógica mecánica (cerrada y geométrica, progresiva y analógica) de las sociedades disciplinarias, emergen nuevas modalidades digitales (abiertas y fluidas, continuas y flexibles) que se dispersan aceleradamente por toda la sociedad. La lógica de funcionamiento vinculada a los nuevos dispositivos de poder es total y constante, opera con velocidad y en corto plazo. Su impulsividad suele ignorar todas las fronteras: atraviesa espacios y tiempos, devora el "afuera" y fagocita cualquier alternativa que se interponga en su camino. Por eso, la nueva configuración social se presenta como totalitaria en un nuevo sentido: nada, nunca, parece quedar *fuera de control*. De ese modo, se esboza el surgimiento de un nuevo régimen de poder y saber, asociado al capitalismo de cuño postindustrial.

No cabe duda de que el emblemático reloj, ese aparato sencillo e implacable, sigue liderando el escenario global. Pero tampoco él dejó de sufrir el *upgrade* de rigor, que lo hizo pasar de las viejas leyes *mecánicas* y *analógicas* a los flamantes flujos *infor-*

máticos y digitales. La función del reloj se ha internalizado por completo, como lo demuestra la proliferación de modelos en los hogares de todo el planeta, en los edificios y las calles de las ciudades e, incluso, embutidos en los pulsos de la gente y en los artefactos de uso cotidiano. Lejos de perder vigencia, todavía persiste el clásico lema burgués que contribuyó a forjar la ética capitalista (y protestante): "el tiempo es dinero". La frase es casi una homilía inscrita en la Constitución de los Estados Unidos y firmada originalmente por Benjamin Franklin, cuyo rostro ilustra todos los billetes de cien dólares que circulan por el planeta.

Pero la transición de los relojes analógicos hacia los digitales sugiere otras pistas interesantes: en los nuevos modelos, el tiempo perdió sus intersticios. Como sucede con las instituciones de encierro, parece que también aquí los muros se están desplegando: el tiempo ya no se compartimenta geométricamente; pasa a ser un *continuum* fluido y ondulante. De nuevo, el reloj sirve como emblema y como síntoma, expresando en su cuerpo maquinico la intensificación y sofisticación de la lógica disciplinaria en nuestra sociedad de control.

## Del productor-disciplinado al consumidor-controlado

Preferiría no hacerlo.  
BARTLEBY<sup>10</sup>

Sólo los paranoicos sobreviven.  
ANDREW GROVE.<sup>11</sup>

Según los análisis de Foucault, los mecanismos de poder y saber implementados por la sociedad industrial fueron mucho más eficaces y sutiles que sus predecesores, gracias a los conocimientos sobre los hombres que las ciencias sociales y humanas ayudaron a acumular. Tales métodos reemplazaron los rudos hábitos de la esclavitud, porque "es una elegancia de

<sup>10</sup> *Bartleby, el escribiente* (1853) es una breve novela de Herman Melville con ecos kafkianos, cuyo protagonista se niega a obedecer las órdenes de su jefe, un abogado con oficina en una calle de nombre nada inocente, ya en el siglo XIX: Wall Street. El pacífico Bartleby tiene un triste fin en la Prisión Municipal (Buenos Aires, Emecé, 1944).

<sup>11</sup> *Sólo los paranoicos sobreviven* (1996) es el título de un best-seller sobre la vida empresarial en la industria teleinformática, escrito por Andrew Grove, famoso director de la compañía Intel, líder del mercado mundial de microprocesadores. Según el ejecutivo, en los actuales ambientes de feroz competitividad y de constantes innovaciones, la única posibilidad de triunfar consiste en recurrir a la paranoia constante: "tener la sensación permanente de amenaza". Por eso, los trabajadores contemporáneos deberían planear sus carreras como los empresarios administran sus negocios: detectando las funciones que van desapareciendo y buscando siempre "el momento adecuado para cambiar" (Buenos Aires, Gedisa, 1997).

la disciplina dispensar esa relación costosa y violenta obteniendo efectos de utilidad por lo menos igualmente grandes".<sup>12</sup> De esta manera, las sociedades industriales desarrollaron toda una serie de dispositivos destinados a modelar los cuerpos y las subjetividades de sus ciudadanos. Son las técnicas disciplinarias, rigurosamente aplicadas en las diversas instituciones de encierro que componían el tejido social de los Estados nacionales: escuelas, fábricas, hospitales, prisiones, cuarteles, asilos. Entre esos dispositivos, cabe destacar la arquitectura panóptica (que pretendía interiorizar la vigilancia), la técnica de la confesión (que instaba continuamente a hablar, a partir de un constante examen de sí mismo) y la reglamentación del tiempo de todos los hombres, desde el nacimiento hasta la muerte.

Esos mecanismos promovieron una autovigilancia generalizada, cuyo objetivo era la "normalización" de los sujetos: su sujeción a la norma. Se trata de tecnologías de *biopoder*, es decir, de un poder que apunta directamente a la vida, administrándola y modelándola para adecuarla a la normalidad. Como resultado de esos procesos, se fueron configurando ciertos tipos de cuerpos y determinados modos de ser. Los dispositivos de biopoder de la sociedad industrial apuntaban a la construcción de *cuerpos dóciles*—domesticados, adies-

trados, disciplinados—destinados a alimentar los engranajes de la producción fabril. De modo que dichos cuerpos no sólo eran dóciles sino también *útiles*, porque respondían y servían a determinados intereses económicos y políticos. Es necesario aclarar, no obstante, que esa intencionalidad no era (y nunca es) subjetiva: los intereses que sustentaron el capitalismo de base industrial son bastante explícitos, pueden ser detectados con facilidad, pero son anónimos; no tienen rostros, dueños o nombres propios que los identifiquen de manera clara y objetiva.

El proceso de formateo de los cuerpos es complejo, pues tiene una doble faz. Por un lado, las fuerzas corporales son incrementadas y estimuladas *en términos económicos de utilidad*; en este sentido, la aptitud del sujeto adiestrado se potencia. Por otro lado, las fuerzas corporales son disminuidas y subyugadas *en términos políticos de obediencia*; en este caso, la dominación del sujeto disciplinado se acentúa. De esa forma, las sociedades industriales dieron a luz cuerpos sumisos pero productivos, dispuestos a trabajar en el ámbito de las escuelas y las fábricas, mientras se sofocaban sus potencias políticas y se coartaban las tentativas de resistencia.

Sin embargo, aunque la investidura política del cuerpo esté inextricablemente ligada a su utilización económica, hay un detalle muy importante: la capacidad de oponer *resistencia* está siempre presente y es un componente fundamental de todos estos procesos; es inherente a las relaciones de poder, por definición. De

<sup>12</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989.

acuerdo con la perspectiva foucaultiana, si no hay posibilidades de resistir, entonces simplemente no se trata de una relación de poder, porque las relaciones de ese tipo involucran siempre y solamente "sujetos libres". Aún así, en todas las sociedades, el cuerpo está inmerso en una serie de redes que le imponen ciertas reglas, obligaciones, límites y prohibiciones. En el caso específico de la sociedad industrial, el biopoder apunta a convertir en fuerza productiva los cuerpos y el tiempo de los individuos, con la *máquina* como modelo y metáfora inspiradora.

Fue necesario elaborar y poner en práctica todo un complejo arsenal de técnicas minuciosas, diversas estrategias de *ortopedia social*, para convertir a los hombres en *trabajadores* al servicio del capitalismo industrial. En ese sentido, el trabajo estaría lejos de constituir "la esencia del hombre", como postularon varios filósofos de los últimos siglos, desde los voceros de la Ilustración hasta el mismísimo Marx, uno de los críticos más contundentes y sagaces del capitalismo. Para construir socialmente al productor disciplinado hubo que desplegar una complicada operación política: aprisionarlo en un determinado régimen de poder y someterlo a un conjunto de reglas y normas, en un complejo juego de relaciones capilares, micropolíticas, capaces de amarrar los cuerpos y las subjetividades al aparato de producción capitalista.

Pero el contexto actual difiere bastante de aquel escenario de la sociedad moderna en su apogeo indus-

trial. Por eso, cabe suponer que están emergiendo nuevos modos de subjetivación, distintos de aquellos que produjeron los cuerpos dóciles y útiles de los sujetos disciplinados descriptos por Foucault. El nuevo capitalismo se erige sobre el inmenso poder de procesamiento digital y metaboliza las fuerzas vitales con una voracidad inaudita, lanzando y relanzando constantemente al mercado nuevas subjetividades. Los *modos de ser* constituyen mercaderías muy especiales, que son adquiridas y de inmediato descartadas por los diversos *targets* a los cuales se dirigen, alimentando una espiral de consumo en aceleración constante. Así, la ilusión de una identidad fija y estable, tan relevante en la sociedad moderna e industrial, va cediendo terreno a los "kits de perfiles estandarizados" o "identidades *pret-à-porter*", según las denominaciones de Suely Rolnik.<sup>13</sup> Se trata de modelos subjetivos efímeros y descartables, vinculados a las caprichosas propuestas y a los volátiles intereses del mercado.

A lo largo de este libro comentaremos diversas mutaciones que están ocurriendo en los distintos ámbitos del imaginario social, e intentaremos localizar su impacto en la producción de cuerpos y subjetividades. Una primera pista surge de la comparación entre las lógicas de funcionamiento del régimen disciplinario, por un lado, y de la sociedad de control, por el otro. La primera opera

<sup>13</sup> Suely Rolnik, "Toxicômanos de identidade: Subjetividade em tempo de globalização", en: Daniel Lins (comp.), *Cadernos de Subjetividade*, Campinas, Papirus, 1997.



con moldes y busca la adecuación a las normas, porque es al mismo tiempo *masificante* e *individualizante*. En un bloque único y homogéneo (la masa) se modelan los cuerpos y las subjetividades de cada individuo en particular. En cambio, en la sociedad contemporánea tanto la noción de *masa* como la de *individuo* han perdido preeminencia o han mutado. Emergen otras figuras en lugar de aquéllas: el papel del *consumidor*, por ejemplo, ha ido adquiriendo una relevancia cada vez mayor. En lugar de integrarse en una masa —como los ciudadanos de los Estados nacionales de la era industrial—, el consumidor forma parte de diversas muestras, nichos de mercado, segmentos de público, *targets* y bancos de datos.

Los métodos de identificación de personas ilustran esa transición del mundo analógico al universo digital. Por un lado, el documento de identidad representa el impulso masificante e individualizante de la sociedad industrial como un elemento fundamental para fijar cuerpos y subjetividades en sus engranajes. Ese documento personal se refiere a un Estado nacional, detenta un número que ubica al individuo dentro de la masa, una foto, una huella del dedo pulgar y una firma de su puño y letra; todos datos *analógicos*. Por otro lado, el sujeto de la sociedad contemporánea posee un sinnúmero de tarjetas de crédito y códigos de acceso; todos dispositivos *digitales*. Cada vez más, la identificación del consumidor pasa por su perfil: una serie de datos sobre su condición socioeconómica, sus hábitos y preferencias de consumo. Todas estas informaciones

se acumulan mediante formularios de encuestas y se procesan digitalmente; luego se almacenan en bases de datos con acceso a través de redes, para ser consultadas, vendidas, compradas y utilizadas por las empresas en sus estrategias de *marketing*. De ese modo, el propio consumidor pasa a ser un producto en venta.

Un ejemplo de esta tendencia se verifica fácilmente en Internet: varias compañías ofrecen servicios y productos gratuitos a los usuarios de la red mundial de computadoras, a cambio de que éstos respondan a ciertas preguntas y rellenen formularios revelando sus “perfiles”. Esos datos son muy valiosos en términos de *marketing*, ya que permiten enviar publicidad especialmente destinada a cada tipo de usuario-consumidor. Suelen ofrecerse de manera gratuita los más diversos productos de *software* y algunos dispositivos de *hardware*, además de servicios como cuentas de correo electrónico, espacio para publicar textos y fotografías en la Web, acceso al contenido de revistas y diarios, y hasta la misma conexión a Internet. En todos esos casos, el *producto* comprado y vendido es el *consumidor*.

En los distintos ámbitos de la sociedad contemporánea se observa cierto desplazamiento de las referencias: los sujetos se definen menos en función del Estado nacional como territorio geopolítico en el cual nacieron o residen, y más en virtud de sus relaciones con las corporaciones del mercado global, tanto aquellas cuyos productos y servicios cada uno consume, como aquellas a las cuales cada uno vende sus propios servicios. Esta

tendencia viene reflejándose en la ciencia ficción, especialmente en ciertos cuentos, novelas y películas afiliados a la estética cyberpunk. En algunos relatos de William Gibson, por ejemplo, los personajes dejan de usar el pasaporte como documento personal de identidad. En esos escenarios de un futuro verosímil, para moverse por nuestro planeta interconectado basta con llevar las tarjetas digitales que certifican el vínculo del portador con una determinada empresa. En ciertas ocasiones, en lugar de una tarjeta se usan pequeños chips incrustados bajo la piel. Esa tecnología ya está disponible, y de hecho se utiliza habitualmente para identificar el ganado producido en gran escala. Pero esos dispositivos también empiezan a venderse como una solución para monitorear niños y ancianos e, incluso, como una forma de prevención contra secuestros. Los organismos oficiales de los Estados Unidos aprobaron un chip subcutáneo identificador para usar en emergencias médicas, fabricado por una empresa con sede en Florida, el VeriChip contiene un código de 16 dígitos que puede ser leído con un escáner y proporciona datos sobre el paciente, agilizando el acceso a sus registros clínicos. Del tamaño de un grano de arroz, se inserta bajo la piel del brazo o de la mano con una jeringa.

En un sentido semejante se puede interpretar la ironía de un enorme cartel que dominaba, en los años noventa, el sector de migraciones del principal aeropuerto de Nueva York. Una publicidad de la tarjeta de crédito American Express saludaba así a los ciudada-

nos de diversos países que hacían largas filas para ingresar legalmente a los Estados Unidos: *If you have an American Express, you don't need a visa* ("Si usted tiene una American Express, no necesita una visa"), un juego de palabras evidente con la marca Visa—principal competidora de la compañía anunciante— y el término *visa*. En efecto, poseer una tarjeta de dichas marcas habilitaba (o al menos ayudaba) a los latinoamericanos para obtener la muy cotizada visa de turista que permitía ingresar a los Estados Unidos.

Mientras los habitantes del mundo globalizado van incorporando el renovado papel de consumidores, la lógica de la empresa impone su modelo omnipresente a todas las instituciones. Antes, esa función correspondía a la cárcel, que operaba con el modelo analógico de la fábrica y las demás instituciones de encierro. Pero ahora se observa una transición del *productor* disciplinado (el sujeto de las *fábricas*) hacia el *consumidor* controlado (el sujeto de las *empresas*). En estas nuevas organizaciones sociales no hay dueños ni patrones claramente identificables: en un ámbito de jerarquías confusas, los gerentes abundan y los obreros tienden a desaparecer. No sorprende, en este escenario de transformaciones, que las prácticas de resistencia de las sociedades disciplinarias hayan perdido buena parte de su efectividad, desde las huelgas y marchas hasta las más diversas acciones sindicales.

Las modalidades de trabajo también cambian y se expanden, tanto en el espacio como en el tiempo. Se

ha abandonado el esquema de los horarios fijos y las jornadas de trabajo estrictamente delimitadas en rígidas coordenadas espacio-temporales; hoy surgen nuevos hábitos laborales que privilegian contratos a corto plazo basados en la ejecución de proyectos específicos y enaltecen la *flexibilidad*. Los muros de las empresas también se derrumban: los empleados están cada vez más pertrechados con un conjunto de dispositivos de conexión permanente (teléfonos móviles, computadoras portátiles, acceso a Internet), que desdibujan los límites entre espacio de trabajo y lugar de ocio, entre tiempo de trabajo y tiempo libre. Esos "collares electrónicos" –como los bautizó Deleuze, remitiendo a los dispositivos que permiten monitorear presos en regímenes semiabiertos– constituyen sólo una de las varias formas sociotécnicas de control, en una era que pregona la digitalización total y en la cual todo y todos pueden ser rastreados (o deberían poder serlo). Porque todos deben estar constantemente *disponibles*.

En ese mundo "sin afuera", el encierro ha sido superado claramente como la principal técnica de poder y saber. Confirmando las intuiciones de Deleuze, el hombre *confinado* por las sólidas paredes de las instituciones disciplinarias, bajo la vigilancia de una mirada constante que lo somete a la norma, está cediendo lugar al hombre *endeudado* de la sociedad contemporánea. El consumidor –feliz poseedor de tarjetas bancarias, de crédito y débito, que ofrecen *acceso* a los más diversos bienes y servicios por medio de contraseñas

en sistemas digitales– está condenado a la deuda perpetua. Entre todas las claves, señas y contraseñas que canalizan los flujos informáticos del mundo contemporáneo, los números de la tarjeta de crédito figuran entre los más cotizados en los "shoppings virtuales" de Internet, por ejemplo, que se erige como un dispositivo emblemático de la sociedad de control.

La lógica de la deuda sugiere algunas características interesantes de las nuevas modalidades de formateo de cuerpos y almas. A diferencia de lo que ocurría en el capitalismo apoyado con todo su peso sobre la industria, en su versión más actual el endeudamiento no constituye un estado de excepción sino una condena permanente. Convertida en una especie de moratoria infinita, la finalidad de la deuda no consiste en ser saldada sino en permanecer eternamente como tal: flexible, inestable, negociable, continua. Aunque suene paradójico, hoy es una señal de "pobreza" no tener deudas: no disponer de acceso al *crédito*, carecer de *credibilidad* en el mercado.

Aun así, en algún sentido, estos cambios no son tan radicales como parecen. Porque tanto el antiguo sistema de encierro, disciplina y vigilancia, como la nueva modalidad de consumo desenfrenado y deuda ilimitada representan mecanismos de *exclusión*. La miseria de la mayoría de la población mundial parece ser una característica estructural del capitalismo, en todos los tiempos y lugares en que fue implementado. Si durante el apogeo industrial un gran contingente permanecía al margen del esquema disciplinario porque sus miembros

eran "demasiado numerosos para el encierro", ahora se revelan "demasiado pobres para la deuda". Y lo que es aún peor: en grado y proporción crecientes. Se estima que en 1750, cuando el mundo comenzaba la violenta aventura de la industrialización, la diferencia económica entre los países más ricos y los más pobres era de cinco a uno. Datos del año 2000 muestran que la brecha se ha ensanchado 390 veces, y nada indica que ese brutal movimiento centrifugo vaya a detenerse.

De modo que, lejos de menguar sus efectos, la virulencia de los dispositivos de exclusión socioeconómica está en aumento, mientras el *marketing* se transforma en un poderoso instrumento de control social y forma "la raza impúdica de nuestros amos". En este contexto, los métodos tradicionales de lucha política han perdido eficacia. Por eso, el propio Deleuze instó a la búsqueda de nuevas armas en su artículo de 1990: herramientas políticas innovadoras, que sean capaces de estremecer los circuitos integrados de este nuevo régimen de poder, abriendo el horizonte a otras posibilidades. Como bien concluía el filósofo, corresponde a los jóvenes descubrir "para qué se los usa", así como sus bravos antecesores delataron "no sin esfuerzo" los crueles mecanismos de la sociedad industrial.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Gilles Deleuze, *op. cit.*, p. 23.

## 2. Tecnociencia

### *El hombre postorgánico: un proyecto fáustico*

Mientras Fausto expone sus planes, advierte que el Diabolo está aturcido, exhausto. Por una vez no tiene nada que decir. Hace mucho, Mefisto hizo surgir la visión de un coche veloz como paradigma de la forma de que un hombre se mueva por el mundo. Ahora su protegido lo ha sobrepasado: Fausto quiere mover el propio mundo.

MARSHALL BERMAN<sup>1</sup>

Cuando se propuso realizar una "genealogía de las relaciones de poder", Foucault estudió los distintos tipos de sociedades como configuraciones históricas, momentos dinámicos en los cuales rigen determinados *dispositivos de poder* y ciertas *formas de saber*. Esas combinaciones de poder y saber son los contextos en los cuales vivimos, hablamos y pensamos; por

<sup>1</sup> Marshall Berman, "El Fausto de Goethe: la tragedia del desarrollo", en *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la Modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 54.

# Índice

Introducción .....	9
El cuerpo obsoleto y las tiranías del <i>upgrade</i> .....	9
<b>1. Capitalismo .....</b>	<b>17</b>
Mutaciones: la crisis del capitalismo industrial .....	17
Del productor-disciplinado al consumidor-controlado .....	29
<b>2. Tecnociencia .....</b>	<b>41</b>
El hombre postorgánico: un proyecto fáustico .....	41
Inmortalidad: más allá del tiempo humano .....	52
Virtualidad: más allá del espacio humano .....	62
<b>3. Ser humano .....</b>	<b>69</b>
La digitalización de la vida .....	69
Mitos de la tecnociencia I. Ascenso y caída del hombre-máquina .....	71
Mitos de la tecnociencia II. El código de la vida .....	85
Tendencias neognósticas: el materialismo se disuelve en la luz .....	96
El espíritu en la carne: la persistencia de lo orgánico .....	114